

Las adolescencias como cuestión

Vivimos en una época que produce un escenario ciertamente contradictorio: de un lado, de más derechos y libertades, de otro, de nuevas y mayores vulnerabilidades ante los avatares de la existencia.

Es en este escenario contradictorio donde los adolescentes de hoy tienen que realizar la siempre difícil travesía de hacerse hombre o mujer.

La pregunta que surge entonces es: ¿cómo acompañarles en la construcción de una identidad propia, de un vínculo plausible con la vida, sin el apoyo además de unos ritos de paso tradicionales ya en desuso?

El adolescente, las adolescencias

Ser adolescente es un tiempo. Tiempo de construcción de la identidad sexual y de nuevas identificaciones; de separación de los padres y de duelo por la pérdida de la seguridad de la infancia; tiempo de crisis (en el sentido de la constitución de un juicio) que atañe a una decisión; de ganancias aún por venir y de incertidumbre ante el “hacerse mayor de edad”; de conexión y desconexión; de cuestionamiento de las creencias culturales y/o religiosas.

Tiempo entonces de vulnerabilidad, de duelo (*adolecere*, raíz etimológica de adolescencia, remite a dolor), de desequilibrio y fragilidad, que puede inducir a respuestas en forma de trastornos de la conducta.

Ahora bien, eso no es lo mismo que decir que la adolescencia es una patología, que es como casi sin darnos cuenta, hablamos de ellos en la sociedad de los adultos y los medios: como antisociales, sin valores, con conductas patológicas, violentas o tendentes a consumos que por sí sólo les convertirán en adictos.

Es por eso que nos proponemos hablar de adolescencias en plural indicando así: que hay la responsabilidad en las respuestas que cada uno da a los acontecimientos de la vida, entre los que se encuentra el paso al mundo adulto; no hay un modo estándar de responder la travesía que supone el hacerse mayor. Con ello apostamos por minimizar los efectos de segregación que introduce toda uniformización; sostenemos que ser adolescente no es en sí mismo un problema, sino más bien una cuestión que nos interroga a todos, adolescentes y adultos.

Del problema a la cuestión

Hay dos aspiraciones contrapuestas en la eterna tensión entre adultos y adolescentes: la de la sociedad de los adultos que intentan dirigir, ordenar, controlar el paso al mundo de los mayores y la de los adolescentes que se esfuerzan por alcanzar su identidad, su independencia, más allá de este control.

Esto implica que los adolescentes se nos representan fundamentalmente del lado de la preocupación. Nos preocupan sus conductas, a veces nos preocupan tanto que no podemos ocuparnos de ellos.

En estos tiempos híbridos que corren, donde casi todo es traumático, la pendiente se desliza a reconvertir en problema toda una edad de la vida.

Es la lógica problema-solución que el pensamiento científico ha importado a las ciencias sociales con no muy buenas consecuencias. Conocemos algunas de ellas: da, al tratar a la inmigración como un problema, a cualquier solución un tono estigmatizador y discriminatorio; es también la lógica que sigue la “solución” siempre terrible de la guerra.

Por eso pensamos que la palabra problema no debiera aplicarse ni en lo social, ni en la política social. Pensar la sociedad como el lugar de los problemas y la política como el

lugar de las soluciones, lleva a callejones sin salida: burocratiza la vida cotidiana y relega la palabra como lugar de encuentro, a un segundo plano.

Hay sin embargo otra lógica posible: la de la cuestión-respuesta.

Este binomio nos introduce en el terreno de la dialéctica, alejándonos del mortífero “todo o nada”; nos lleva al respeto por la particularidad, aportando una dimensión ética a toda intervención; nos sitúa en el campo de la responsabilidad en lugar de la desculpabilización alienante; promociona el tiempo para comprender en el lugar de la prisa por concluir, es condición de todo aprendizaje, puesto que sólo si reconocemos que hay algo que no sabemos podremos desear aprender.

Además dado que las respuestas nunca podrán ser del todo exitosas, es una lógica a la altura de una época que requiere, pasar del saber dogmático a la invención y a la construcción de un saber compartido.

Entonces, la cuestión de los adolescentes nos lleva a preguntarnos de qué sufren y dónde encontramos tal sufrimiento.

El sufrimiento del adolescente

La incertidumbre, la falta de un saber sobre lo que nos ocurre y su causa es una fuente del malestar que induce a estados de angustia y desorientación, de los que se suele salir con el agarre de una certeza poco cuestionable, que trata de ubicar en el exterior aquello de nosotros mismos que no entendemos.

Es por eso que muchos adolescentes se sitúan en los márgenes, en las zonas grises de un sistema que les propone como soluciones sustituir el ser algo en la vida, por el tener precario de los *gadgets* contemporáneos: drogas, objetos de ocio o cosméticos para el mito de la inmortalidad, prestos para su consumo inmediato y que inundan la vida

cotidiana en una extraordinaria promesa de liberación de cualquier índice de malestar.

Objetos que nos convierten en consumidores-consumidos.

Todo ello comporta la prevalencia de la angustia por encima de los vínculos clásicos de la culpa y la vergüenza, como lo muestran con sus actos: que les lleva a estar delante de las figuras punitivas de la justicia o a las urgencias hospitalarias por intoxicación de drogas; también en la generalización del fracaso escolar o en la emergencia de los fenómenos de violencia en la escuela, la comunidad y el ámbito familiar. Pero a veces muestran su sufrimiento en silencio, con sus inhibiciones, como normales inquietantes, encerrados en casa o en *ghetos*, eventualmente sufriendo abusos de los otros.

Los adolescentes de la generación red y unisex, se encuentran así acosados por su propia falta de ser, sin una brújula eficaz que les oriente y fácilmente con dificultades para encontrar un lugar donde incluirse y reconocerse. Y a pesar de vivir en una civilización más localizada que nunca (los GPS son un ejemplo), a veces no encuentran más referencia que la del tatuaje en el cuerpo o el *pircing*.

En definitiva son sujetos identificados a su época. Una época de traspaso, de fragmentación, que requiere por ello de la complicidad de todos para acompañarles en el encuentro de un lugar digno en la vida.

La experiencia educativa del Aula-Taller de la Fundación El Llindar (umbral) en Cornellá de Llobregat, para adolescentes que arrastran una experiencia de fracaso en la escuela ordinaria, es un ejemplo de este deseo de acompañamiento.

El Aula-Taller un espacio educativo como alternativa al fracaso escolar

El Aula-Taller es una experiencia educativa orientada en una política de igualdad de oportunidades y de promoción de la subjetividad, que pretende explorar cómo ilusionar

a unos adolescentes con un profundo malestar, pero considerados residuos del sistema social y escolar, locos o delincuentes.

El Aula-Taller es lugar y tiempo de encuentro entre tales adolescentes de entre 13 y 16 años (37 este curso escolar) -que arrastran una experiencia de fracaso que se ha instalado en su sentir y pensar- y unos adultos -educadores y talleristas-, que quieren colaborar en el camino de la rectificación de actitudes negativas hacia los procesos de aprendizaje y de unas conductas destructivas que da forma a todas sus relaciones con los otros.

Unas y otras son síntoma de vivencias dolorosas y de un sufrimiento que no les deja vislumbrar un futuro posible más allá de una búsqueda inmediata “del acto” que calme su angustia: consumo de tóxicos, relaciones sexuales prematuras y de riesgo, actos delictivos, trasgresiones continuas, conductas agresivas y violentas. Como dice uno de los adolescentes: *“yo no estoy loco... pero no sé, me rayo y se me va la olla, me sube una cosa por aquí (señalando el estómago) que me ciega y me hace pegar. Me descontrolo y ya me da todo igual”*.

El Aula taller proporciona un espacio y un tiempo de sostén de la angustia de este adolescente que molesta y pone en crisis toda institución educativa haciéndose expulsar, repitiendo el lugar de fracasado al que seguramente es convocado por las palabras y actuaciones familiares.

El equipo educativo del Aula-Taller, sabe que este fracaso escolar normalmente se acompaña de contextos familiares y sociales muy deteriorados con ninguna o muy poca capacidad para sostener la vivencia compleja y dolorosa de este fracaso. Y sabe también que estos adolescentes están en el umbral, en el límite, desde donde una manera de resistir lo insoportable es hacer la vida imposible a los otros.

No obviar tal realidad, su fragilidad y vulnerabilidad, supone una mirada que nos les empuje a un lugar de repetición, tal como hace saber con sus palabras un joven de 15 años: “...en el cole no hacía casi nada, me ponía muy nervioso y chillaba como en casa, aquí estoy más tranquilo”.

Desde la reflexión de la práctica educativa del cada día, el equipo se pregunta cómo acompañar a estos adolescentes que no tienen predisposición para formarse y madurar.

La tarea, jalonada de encuentros y desencuentros, consiste en buscar su consentimiento para iniciar un proceso de aprendizaje que les permita creer que sí tienen un futuro.

Y esto tiene un precio, exige un compromiso y una respuesta educativa. Una tarea de formación permanente y de introducción del tiempo para comprender -en lugar de la precipitación y la prisa, a la que época nos empuja- como herramienta educativa.

En el Aula-Taller el adolescente encuentra algo que le hace venir cada día, porque se ha ido construyendo un clima de confianza en una lógica: cada uno podrá, si así lo desea, subjetivar su malestar, es decir saber de su responsabilidad en él.

Se trata del acompañamiento, con cariño y firmeza en las respuestas, del acto a la pregunta por el ¿qué me pasa? Se trata de trabajar con el conflicto como elemento pedagógico y de la exploración de ¿cómo mantener la tensión entre una atención individualizada, centrada en la particularidad, y las demandas del grupo y la propuesta curricular?

Hoy el Aula-Taller responde con esta filosofía, un estilo educativo y un equipo de profesionales especialistas en oficios, pensado para acompañar al adolescente en este momento crítico de su vida.

El diseño curricular-para grupos de 8-9 alumnos y un profesor-tutor que está todas las horas lectivas con ellos- consta de:

- Talleres de oficio, un 70% de la jornada lectiva: Carpintería, construcción, pladur, cocina, costura, cerrajería, mecánica, con los que se pueden identificar y pensar en su futuro
- Talleres del aula de experimentales e instrumentales
- Un espacio (“quiero saber“) donde de una manera individual y grupal se hace un trabajo de de crecimiento personal
- Otro espacio (los “Lunes al Sol“) para la orientación laboral.

Todo está pensado para que se pueda romper con tanto fracaso e inadaptación, a partir de pequeños logros y éxitos que le van dando seguridad para seguir intentándolo y al equipo pequeñas certidumbres para seguir trabajando y creyendo que estos adolescentes tienen un futuro donde la dignidad sea su nuevo umbral.

Eugenio Díaz y Begonya Gasch